

Amezzián, Sidi Mohammed

Juan Pando Despierto

Segangan, ca. 1865 / Alal-u-Kaddur, Rif Oriental, 1912

Nacido al pie del Gurugú, vértice de exigencias para todo patriota rifeño al señalarle su obligación: expulsar a los *rumi* (cristianos) o cerrar el paso a todo poder extranjero, fuesen ejércitos europeos o del sultán reinante en Fez. Amezzián se hizo hombre al resistir como pocos al medio natural de su patria y destacar entre los demás frente a la debilidad connatural al ser humano, unas veces tirano y otras esclavo de otros. Su fe y fortaleza provenían de su familia, modestos jerifes, aureolados de santidad y tenacidad, como rectores de la *zauía* (cofradía religiosa) de Segangan, diminuta capital de los Beni Bu Ifrur. Esta gran tribu, dueña de las minas del Rif, origen económico-industrial de dos grandes guerras para hacerse con su posesión, confiaría a Amezzián la dignidad y seguridad de sus hombres, a los que llevó a la victoria o la muerte, apartándoles así de la esclavitud.

Siendo ya persona muy acreditada, Amezzián fue testigo de la llegada al Rif de un nuevo déspota. Aureolado por el fervor de sus partidarios, que le creían cuanto él les decía —“príncipe Muley Mohammed”, el primogénito despojado del trono por su hermano menor, el entonces sultán Abdelaziz—, se había arrogado el título de *El Roghi* (Pretendiente). Este falsario, antiguo funcionario del Majzen en Fez, poseía innegables dotes como orador y sabía bastantes trucos de magia elemental. A la luz de hogueras campamentales, bajo las noches estrelladas de Kelaia (Rif Oriental), desplegó las redes de su brujería y palabra. Y en ese copo gigante cayó medio Rif y entró media España. Fascinó a muchos y embaucó a todos. De la alcazaba de Zeluán hizo su palacio; de la región a sus alcances, su “imperio”; pero de “sus derechos mineros”, cobrados a industriales franceses (los hermanos Baille y Alfred Massenet) y españoles (Fernández del Valle y Enrique MacPherson, luego los Comillas-Güell, más tarde los Figueroa y García Alix), al venderles las mismas minas a los dos consorcios, logró su fortuna: cerca de un millón de pesetas.

El objeto de tanta estupidez y codicia anexa eran los yacimientos de hierro y plomo, que exhibían tentaciones geológicas irresistibles: los primeros, en Uixán, aparecían en grandes bancadas a cielo abierto, lo que propiciaba su fácil extracción. Los segundos se concentraban en un monte panzudo, repleto de plomo hasta sus bordes: Afra. Unos y otros eran hitos patrimoniales de los Beni Bu Ifrur, de los que Amezzián era su tutor. *El Roghi* y él se hicieron enemigos en cuanto Amezzián se negó a prestar acatamiento al farsante.

Mientras *El Roghi* se hacía rico con las minas, Amezzián cuidaba de no

pocos de los “súbditos” del falso príncipe, sobre todo en cuanto llegaban los meses del estío, tiempo de emigrar hasta Argelia para cosechar el cereal de los grandes hacendados franceses. En julio, el Rif quedaba despoblado de manos fuertes y espaldas rectas. Todo hombre en edad de trabajar doce y hasta catorce horas diarias marchaba hacia Poniente. En grupos de cincuenta o sesenta individuos; también en agrupaciones de familias y clanes, que podían sumar más de doscientas personas, estos ejércitos del trigo se enfrentaban a un viaje de dos semanas a pie hasta sobrepasar la frontera argelina. Todo el Rif se ponía en movimiento: desde las tierras del arco alhocéimico, patria común de los beniurriagueles, bocoya y tensamaníes, hasta las riberas del Kert, ámbito patrimonial de los benisaidíes, benituziníes y taffersíes, pistas y senderos volcaban sus figuras humanas en una densa caravana de afanes y prioridades que cruzaba el país de punta a punta en busca del pan del invierno. Asegurarse la comida cuando no lloviese ni hubiera guerra entre facciones.

El objetivo común de estos caravaneros de hazaña anual por prescripción alimenticia obligatoria eran el vado de Saf-Saf o las colinas de Hassi Berkan. Con el primero introducían sus doloridos cuerpos en aguas fluviales para ellos benditas. Con las segundas les era dado descubrir, desde sus cimas, la misma línea azul: el Muluya. Sin ser entonces (1903 a 1907) la divisoria colonial que más tarde sería (1912), ni era fácil llegar a verla ni tampoco dejarla atrás. Insolaciones con resultado de muerte, fracturas por caídas desde caballos o mulas, pozos contaminados por animales muertos o viajeros allí asesinados, chirriantes nubes de langosta, emboscadas de salteadores, brutales intimidaciones de los Beni Snassen, tribu dominante sobre la orilla derecha del Muluya, para concluir con sorpresivos “*Halte!*” de corruptas patrullas francesas exigiéndoles el pago de abusivo peaje a quienes ya solo les quedaba la vida por entregar, constituían las murallas a vencer. Llegados esos trances, un hombre providencial los resolvía: Amezzián, jefe de los guiados por Dios, guardián de los pocos bienes comunes a salvo, barquero de los desamparados.

Las virtudes de Amezzián, consagrado como bendecido *zettat* (guía entre diversos peligros) para su pueblo, a él mismo le salvaron en mayo de 1907, cuando el sultán Abdelaziz envió sus *mehal-las* para capturar a su falso hermano. Guerrillero nato, *El Roghi* agotó y desorientó a las fuerzas jalifianas. Hambrientos y sin municiones, acosados por los jinetes roghistas, los soldados de Abdelaziz rogaron asilo (enero de 1908) al general Marina. Entre los asilados que entraron en aquella compasiva y segura Melilla,

Amezzián.

Por primera y única vez, ambos jefes se vieron en persona. Amezzián solicitaba a Marina su autorización para regresar a Segangan. El español estaba bien informado de las actividades del humilde jerife. Un adversario para *El Roghi* podía ser un serio enemigo para España, porque el Gobierno de Maura procuraba el entendimiento con el falso príncipe (Marina nunca se engañó al respecto) y la inmediata explotación de las minas de hierro y plomo. Marina vaciló en conceder esa “libertad de viaje” a quien era el líder de los Beni Bu Ifrur, territorio de minas y ascensos. Empresariales unos, militares otros. Dudó Marina, pero nada en el aspecto de Amezzián hacía presuponer que llegase a caudillo del Rif. Dos años después ambos hombres combatían frente a frente. Por culpa de las minas.

La insistencia del empresariado español y francés por hacerse con las minas de Uixán y Afra acabó con toda prudencia y todo cálculo que no fuese el económico y de inmediato. De resultas de ello, el general Marina se vio obligado a autorizar la salida de la plaza, día tras día, de las fuerzas de protección para ese otro “ejército” de obreros, capataces e ingenieros que pugnaban por completar la línea del ferrocarril que entraría en el corazón minero del Rif. Confirmada la amenaza, se convocaron asambleas, en las que predominó la firme oposición al saqueo del patrimonio común y la violación del derecho de todos.

La calma en curso desarmó la vigilancia española. Las cuadrillas de obreros se volvieron más audaces y la protección militar más confiada. El 9 de julio seis obreros españoles fueron muertos a tiros y uno más quedó malherido. Huida de obreros y capataces, carreras de soldados y oficiales para formar una primera línea de defensa, alarma en Melilla y toque de generala. Marina cometió tres errores seguidos: salir de la plaza con el grueso de sus tropas; ordenar que se ocupasen posiciones sin lógica alguna (Sidi Musa, Ahmed el Hach); batir con su artillería los montes “enemigos”, en los que pocos rifeños a la vista había. Al día siguiente cometió su mayor error: los cañoneros de la Escuadra bombardearon los aduares de la costa occidental hasta la desembocadura del Kert. Fue como prender fuego a trigo recién cortado. El Rif se incendió. Y sus hogueras cubrieron las cimas del Gurugú.

El 27 de julio de 1909, cuando aquellos más de dos mil españoles, uniformados con su rayadillo de muerte asegurada (color blanco dominante, visible a tres kilómetros con buena visibilidad), obedeciendo órdenes de su general (Guillermo Pintos), emprendieron la ascensión al Gurugú bajo un

sol justiciero; quienes les dejaron avanzar hasta tenerlos a tiro sin perdón (trescientos metros) de las entradas al Barranco del Lobo instruidos habían sido por el cálculo fusilero de Amezzián. El torrente de sangre que sobrevino incendió al proletariado barcelonés, dejó mudo a un rey (Alfonso XIII) y derribó al Gobierno de Maura. Amezzián tomó aspecto de resurrecto Saladino al que todo el Magreb bendecía.

Tras un asalto español con toma “provisional” del Gurugú (30 de septiembre), Amezzián y los suyos retuvieron el macizo hasta el 26 de noviembre, día en el que Marina, con seis brigadas (diecisiete mil hombres), apoyadas por cuarenta y cuatro piezas de artillería, recuperó lo perdido. Las harcas, desalentadas, bajaron manos y armas. Amezzián, seguido por un grupo de fieles jinetes metalzas, cruzó el Kert para pedir amparo en el Rif Central. Se lo dieron nada más pedirlo, pero le rogaron que no reabriese la guerra. “Vendrán a por nuestras tierras, tenedlo por seguro”, les previno. “Si así fuese, lucharemos a tu lado”, le respondieron.

La paz parecía un hecho irreversible. Y lo era: los rifeños daban por perdidas sus minas, no sus derechos. Por su parte, los españoles habían comprobado la dureza bélica del Rif y las consecuencias de golpearse contra sus cortantes aristas. Fueron siete meses de creencias equivocadas: España hizo avanzar a sus topógrafos y soldados para levantar planos en las orillas del Kert. Intención manifiesta de perseverar en la conquista. Amezzián lo había predicho. El Rif prendió hogueras en sus montes y movilizó a las tribus próximas al punto de invasión. El 24 de agosto de 1911, la Comisión Geográfica fue tiroteada. Dos soldados muertos y un suboficial herido. Al ir a más la intensidad del fuego rifeño, las tropas de escolta se replegaron. El herido y el soldado que le socorría quedaron atrás. Fueron rematados sin piedad. Los cuatro cadáveres se recuperaron. Todos decapitados.

Canalejas, influido por la personalidad agresiva de su ministro de la Guerra, ignoró la mediación del sultán Muley Hafid. Luque tomó el mando del conflicto desde Madrid. Y el 7 de septiembre ordenaba a García Aldave, comandante general de Melilla: “Racione las tropas para tres días, cruce el Kert y deje memoria de nuestro escarmiento en el Rif”. Fue obedecido: se mató al ganado que no pudo recogerse, almiares y graneros fueron vaciados, el ajuar de las viviendas de aquellos jefes tribales que habían huido fue saqueado y sus casas voladas con dinamita. La guerra del Kert pasó a ser eco reverberado de monte en monte, de aduar en aduar, de tribu en tribu, de asamblea en asamblea. La moral del Gobierno Canalejas se resintió al compás de la ansiedad social y el aumento de gastos y tropas:

cuarenta mil hombres apiñados en Melilla y extramuros. Hubo flaquezas en la tropa, subsanadas con “el miedo al moro”: mejor resistir hasta la muerte que caer prisionero del brutal rifeño, cortador de cabezas y partes pudendas del cuerpo. Amezzián fue considerado “diablo exterminador”, merecedor de variadas muertes.

Tendrían que darse los feroces combates de Izarrora (27 de diciembre de 1911), para que el clímax llegase a su máximo nivel: ocho soldados (uno de ellos herido en un brazo) y un cantinero español quedaron prisioneros de la harca. De inmediato se les consideró a todos ellos “sometidos a crueles tormentos” y, como futuro previsible, “ser decapitados sin excepción”. Para pasmo unánime de reporteros tremendistas, políticos oportunistas y una angustiada ciudadanía superviviente a tanto exceso verbal o escrito, al campo español llegó aviso de que Amezzián proponía un intercambio de prisioneros. Convencidos de que se les tendía mortal celada, los españoles acudieron al lugar prefijado con las mayores precauciones y los más siniestros presagios. Pero allí, en Sammar, aquel 10 de febrero de 1912, en la desembocadura del Kert, les esperaban los nueve excautivos: sus uniformes estaban limpios (las ropas del cantinero también), sus rostros no denotaban miedo y lucían el aspecto saludable de las personas que han comido y bebido con regularidad. Como es obvio, Amezzián pasó a ser considerado “enemigo piadoso” y hasta “modelo de enemigo”.

Siguieron tres meses de emboscadas rifeñas, cabezonadas españolas y contraataques de unos y otros. España no lograba traspasar el Kert; el Rif no conseguía recuperar el Gurugú. El *impasse* apuntaba a un pacto entre ambos contendientes. Pero la España industrial y la política (con serias dudas en Canalejas) no lo consideraron “conveniente”, ni el Ejército lo estimó “honorable”. Amezzián no se cansaba de batallar ni permitía que sus harcas flaqueasen. Luchaba siempre en vanguardia y decidía por sí y por los demás.

El 15 de mayo, García Aldave lanzó una ofensiva mejor estudiada que las anteriores. Abasteció, de noche, las posiciones avanzadas y esperó el contraataque rifeño mientras movilizaba hasta el último soldado disponible en Melilla. Al amanecer, los rifeños vieron levantarse grandes polvaredas en los caminos que llevaban al frente. Convoyes españoles de abastecimiento. El momento que esperaban. Su furia golpeó contra un muro de fusiles y cañones. Los convoyes eran refuerzos y los puestos atacados esperaban su ataque. De inmediato la lucha se fragmentó entre unidades agrupadas y harcas dislocadas. En las quebradas de Alal-ul-

Kaddur las tropas de Regulares sorprendieron a una formación de jinetes. Una parte picó espuelas y galopó hacia el suroeste. Huían. Otra se revolvió contra ellos y les hizo frente. Ambos bandos se prepararon para rechazar el asalto del contrario.

Fue entonces cuando una solitaria figura a caballo, vestida con blancos ropajes, se adelantó a los suyos y galopó hasta situarse a poco más de cien metros de los Regulares.

El jinete blanco alzó su diestra, armada con una carabina, y empezó a gritarles consignas: de fe, hermandad y patria común; de alistamiento en una misma causa; de recuperación de la dignidad perdida; del respeto que se debían a sí mismos como rifeños. El estupor fue tal que el tiempo pareció detenerse. Los testigos no acertarán a decir cuánto tiempo duró aquella arenga, única en los fastos magrebíes. Para algunos, minutos les parecieron, para otros, ni a segundos llegaron. Superado el asombro inicial, los conminados a renegar de su palabra combatiente reaccionaron. Lo hicieron con calma y disciplina. Llevaban sus armas cargadas. No tenían más que retirar el seguro, levantarlas y apuntar. A una señal.

Aún mantenía alzado su brazo el jinete blanco y su voz a todos llegaba, cuando restalló la descarga. Eran cuatro tiradores y ninguno falló. La energía cinética de los proyectiles pareció levantar al jinete blanco de su montura, le retorció el cuerpo, desmadejó sus brazos, volcó su cabeza y a la figura entera, reventada, estrelló contra el suelo. Su caballo se espantó y a por él fue uno de los tiradores. Falló en su propósito. Aquel caballo, blanco también, fue tras el bloque de caballistas que galopaban, sin mucho afán, hacia el cercano Kert. Parecían escolta muerta en vida, privada de su impulso, fuerza y razón.

Los Regulares hicieron corro alrededor del muerto. Cuatro impactos se veían en su tórax, inundado de sangre: dos en el esternón (partiéndolo), dos en “la región precordial” (el corazón), destrozándolo. Cuatro tiros de muerte. Puntería de tiradores de primera. Y en acción sincronizada, como si de pelotón de fusilamiento se tratase. Ahogados gritos de sorpresa, superados por aullidos de vengativa satisfacción. El jinete yacente era Sidi Mohammed Amezzián, jerife de Segangan y caudillo del Rif. Alrededor, esparcidas al igual que vidas fusiladas, las pertenencias del muerto: una bolsa-cartera en bandolera; un ejemplar del Corán y un rosario; una pistola automática, cajas de munición, cartas escritas en árabe y una carabina Mauser; la señal que al cielo alzase para recabar dignidad y patriotismo en quienes le apuntaron a sabiendas de que iban a matarle.

Engreído o cabizbajo (según conciencias) el corrillo de testigos, de pronto algunos plantean dudas, otros se las rebaten a gritos y el alboroto finaliza cuando uno de los que más dudan acaba con ellas al infringir violento gumiazo, en un costado, al exánime jerife. Que en nada se quejó. Fin de las dudas, relevadas por otras ansias, homicidas estas.

Hubo un quinto tirador (disparo lejano, que alcanzó al jerife estando él aún a caballo) y un sexto, este último desdoblado de tirador en asesino. Este acechante verdugo fue quien dio la vuelta al cuerpo de Amezzián y le pegó un tiro en la nuca. Asesinar a un cadáver. No cabe mayor vileza ni cobardía. Cuesta imaginar tanto odio. Pero existió. Hay pruebas forenses, revisadas ante notario y de prestigio. De Roberto Cano hablamos, que fue una institución en Melilla. Y de quien solicitó esas pruebas: José García Aldave, comandante general de Melilla, que si las reclamó fue porque había sido informado (o él mismo descubrió) esa vesania de un disparo en el “occipital” del héroe. Analizar quién de los sospechosos (pues tres hubo) fue el que se atrevió a cometer aquella infamia desborda el marco de este ensayo, aunque sí está obligado quien lo investigó y escribe a considerar el móvil y sus consecuencias. Amezzián era odiado. Por su humanitarismo y simultánea capacidad de liderazgo social y vehemente sacrificio personal; por la pureza de su ética y el estoicismo de su conducta; por el atrevimiento de sus ideas para galvanizar el coraje de sus harqueños cuando estos flaqueaban; por la categoría de su innata jefatura militar; por su valentía en el combate; por lo granítico y rotundo de su fe. Quien le disparó a traición pretendía matar al mito humillando su representación inerte, vengándose así del miedo que le tuvo al difunto siendo solo cuerpo de hombre, pero hombre universal por sus actos. Inmune ante cualquier ofensa en vida e insensible al maltrato de su memoria, porque entrado en la muerte nadie, sea héroe o parezca semidiós, se duele o siente.

El cadáver de Amezzián, llevado a Melilla, quedó expuesto al morbo público. Que no faltó a la cita. Ni la curiosidad de los rifeños, que dividieron sus sentidos. Sidi Abd el-Krim, padre de quien entonces escribía en *El Telegrama del Rif*, vendió su alma a García Aldave, felicitándole, en exaltados términos, por el éxito logrado. Abd el-Krim hijo se guardó la suya, doliéndose de lo ocurrido y admirándose de la serenidad facial del muerto. Terminado el espectáculo, que a García Aldave en nada podía complacerle, Amezzián volvió al hogar de su fe. Y en el mausoleo de su familia, en Segangan, fue sepultado.

En la perspectiva no solo histórica, sino también en la realidad de nuestro



tiempo, puede parecernos que la figura de Amezzián haya perdido fuerza ante las de otros patriotas normarroquíes, especialmente Mohammed Abd el-Krim el Jattabi, líder de la insurrección de 1921. Comparar es siempre *mala cosa*. Pero analizar con objetividad, criterio y firmeza es acción benéfica para la cultura y más para la historiografía. La profundización en las acciones de los personajes aquí convocados impone, con la fuerza irrefutable de la documentación contrastada, la primacía ejemplarizante de Amezzián sobre Mohammed Abd el-Krim. Este fue jurista y periodista, defensor del Rif Libre y presidente de su Primera República; también un modelo político revivido por otras revoluciones alzadas contra el absolutismo colonial. Amezzián probó ser esforzado guía de familias, guardián de esos bienes colectivos, tenaz enfermero de almas, guerrero de primera línea y referente ético para cualquier sociedad, sea cual sea la religión que en esa comunidad predomine.